

Antonio Machado y Andalucía

Antonio Chicharro Chamorro (Ed.)



un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

Antonio Machado y Andalucía. Antonio Chicharro Chamorro (Ed.).

Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2013. ISBN 978-84-7993-244-2. Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/6238>



Antonio Machado, el soñador entre la niebla¹

Bartolomé Lara Fernández
Instituto Ángel Ganivet de Granada

¹ Tuvo una primera presentación pública el 9 de mayo de 2012 en el ciclo de actividades «Desde nuestro rincón», organizado por la Comisión del Centenario, en colaboración con el club Unesco de Baeza, con motivo de la celebración *Antonio Machado y Baeza (1912-2012). Cien años de un encuentro, en Baeza*.

“Al joven meditador” (CXL). Así nombraba don Antonio Machado y Ruiz al insigne filósofo español don José Ortega y Gasset en el título de un poema que le dedicaba, en 1915. Entonces Ortega tenía treinta y dos años y don Antonio cuarenta, una diferencia de edad apreciable a esas alturas de la vida.

Don José publicó sus *Meditaciones del Quijote* en 1914, y acababa de hacer lo propio con su *Meditación del Escorial*, en abril de 1915. En esta última obra fundamentaba su aspiración de regeneración de España en su intrahistoria, como diría Machado en “el pasado macizo de la raza” o en la invocada “alma española”, lejos de una simple importación de modelos de otras naciones europeas, un recurso muy socorrido, pero ayuno de la savia vivificadora de nuestra tradición en la que ya pensaba que debía incardinarse cualquier proyecto intelectual. Su posición filosófica le lleva a asumir su compromiso como pensador español. Existe, como él diría, un “logos del Manzanares” que hay que desvelar y desenvolver.

Ya en estas obras se abre paso el circunstancialismo, que sentará las bases de su teoría perspectivista de la verdad, por tanto vendrá a ser un imperativo no olvidar que “yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo” (Ortega: 1966, 322).

En ese tiempo don Antonio vivía ese silencio serio, sordo y solemne de Baeza, esa percepción de estar sin abrigo ante la naturaleza, una sensación aérea, volátil, al capricho de los diversos vientos, a veces sumido o perdido, o envuelto por la confusión de la niebla que convierte a la ciudad en una realidad espectral, propicia para la meditación, el pasmo, el sueño y la melancolía, precisamente en un momento en el que está avanzado ese proceso de apertura hacia la objetividad, ya iniciado en *Soledades. Galerías. Otros poemas*.

No aparecía la preocupación filosófica, sino que se acentuaba, pues ella fue una constante en su vida, que hizo posible una poesía honda y una prosa luminosa. Prefiero pensar que la evolución estética y filosófica que sufre el poeta viene exigida, más que por las influencias que recibió, fertilizadoras, no cabe duda, por su propia constitución intelectual. Ahí creo que radica su autenticidad, la de un poeta solitario que se examina, pero que apuesta por el diálogo cordial interior con el otro, apuesta que hunde sus raíces ya en el tiempo de *Soledades*. Su obra se caracteriza por una singladura vital llena de sentido interno,

afanosa, escrutadora, nada artificiosa, del que sabe que la existencia es un reto y que vivirla y pensarla poéticamente supone la voluntad de no simplificar, ni sucumbir a posiciones esteticistas ajenas a ella, sino que es preciso indagar y dar cuenta de todas sus aristas y escotaduras, vertientes y abismos que ella encierra. El reto no es otro que la exigencia misma de nuestra vida. Una existencia que quedó inconclusa, como creo que queda cualquier vida humana, deseando que otros reemprendan sus empeños, retomen sus afanes, recreen sus sueños, o bien, esperando perdida entre la niebla, el canto, el recuerdo, la memoria o tal vez el silencio.

Le dedicaba a Ortega estos versos:

A ti laurel y yedra
corónente, dilecto
de Sofía, arquitecto.
Cinzel, martillo y piedra
y masones te sirvan; las montañas
de Guadarrama frío
te brinden el azul de sus entrañas,
meditador de otro Escorial sombrío. (CXL)

Ortega es, como expresa don Antonio en *Los Complementarios*, “el hombre que hace ademán de meditar. Este es su estilo, y el estilo es el ademán del hombre”. Le llama arquitecto, arquitecto de un gran edificio de ideas; con ello ilustra el carácter unitario y sistemático de la filosofía, construido a base de “fe lógica”, de sólidos conceptos, que pretende estar exento de ambigüedades y aspira al rigor y a la precisión. Para ese proyecto demanda don Antonio ¡cinzel, martillo y piedra y te sirvan masones, en su sentido original, albañiles! Pero parece que todo eso no es suficiente porque también implora para él la inspiración, “las montañas/de Guadarrama frío/te brinden el azul de sus entrañas/meditador de otro Escorial sombrío”. E inspiración para un esfuerzo titánico, “azul de las entrañas”, el azul de las emociones, de los sueños, Escorial, una gran obra, gigantesca como la figura de Don Quijote, en otro orden de cosas, pero ¿tal vez melancólico? Sin embargo, termina calificándolo de “sombrio”, porque el pensamiento quizás llegue a la vida desde la vida como sucede en el cuadro titulado *El astrónomo* (1668) de Vermeer, la luz traspasa el cristal y llega al astrónomo que observa atento un globo terrestre, lleno de zonas nítidas y luminosas, acompañadas de otras sombrías y más allá de ellas oscuras.

Nuestro pensamiento es luz, que exige otra luz que a ella llegue. Así nuestra conciencia es como manifiesta Machado “una luz que avanza en las tinieblas, iluminando lo otro, siempre lo otro (*Juan de Mairena*, XXIII), una variación sobre la siguiente idea cartesiana, caminaré “como hombre que tiene que andar solo y en la oscuridad” (*Discurso del Método*, II). Machado ha dejado atrás la soledad del yo, la introspección, el autoconocimiento, el diálogo interior tal vez respondiendo al mandato délfico de “conócete a ti mismo”, que le exige casi simultáneamente junto al soliloquio, el diálogo, reconocerse en la mirada del otro, en esa pupila que veo, que es ojo porque me ve, esa mirada que ilumina lo otro y al otro... siempre lo otro. Pero, sabedor de la dificultad que introduce esta reflexión, dirá “esta concepción tan luminosa de la conciencia, la más poética y la más antigua y acreditada de todas, es también la más oscura” y, a continuación da la razón de ello: “hasta que no se pruebe que hay una luz capaz de ver lo que ella misma ilumina” (*JM*, XXIII). Parece, solo parece, un juego de palabras en el que se enreda el bueno de Mairena. La filosofía occidental, que ha sido llamada la metafísica de la luz, encierra en su fuero interno la oscuridad, y evitarlo es inútil. Recordemos un verso de su poema titulado «Al gran cero»: “¡Fiat umbra! Brotó el pensar humano”. El pensamiento tendrá vocación de luz; pero estará irremediablemente acompañado de sombra. Luz, auroras, oscuridades, sombras... ¿Estamos hablando de nuestra vida?

Será para Ortega nuestra existencia la realidad radical, ese ámbito nos recoge a ti y a mí junto a las cosas. Para Machado es lo vivido. Existencia que muestra y suscita todas nuestras fuerzas, que partiendo del silencio desencadena nuestra meditación, que pone en nuestros labios la honda, esencial y verdadera palabra, como diría Machado, la poesía es “esa honda palpitación del espíritu”, casi prefiero esta otra expresión que aparece en *Los Complementarios* “temblor momentáneo de un alma singular”, expresión temporal, intuitiva y llena de vitalidad. Dirá Ortega, en su obra *¿Qué es filosofía?*:

El ser estático queda declarado cesante -ya veremos cuál es su subalterno papel- y ha de ser sustituido por un ser actuante. El ser del mundo ante mí es -diríamos- un funcionar sobre mí, y, parejamente, el mío sobre él. Pero esto -una realidad que consiste en que un yo vea un mundo, lo piense, lo toque, lo ame o deteste, le entusiasme o le acongoje, lo transforme y aguante y sufra, es lo que desde siempre se llama "vivir", "mi vida", "nuestra vida", la de cada cual. (Lección 10, 179).

Nuestra existencia, como advierte Ortega, tiene unas categorías que vamos a ir reconociendo en este Machado que presento, mi Machado apócrifo, siguiendo la recomendación del yo filosófico de Machado, Juan de Mairena, cuando afirma que “lo pasado es materia de infinita plasticidad, apta para recibir las más variadas formas [...] os aconsejo una incursión en vuestro pasado vivo, que por sí mismo se modifica, y que vosotros debéis, con plena conciencia, corregir, aumentar, depurar, someter a nueva estructura, convertirlo en una verdadera creación vuestra” (*JM*, XXVIII). Así se me invita no a desvelar el Machado verdadero, si existe, elogiabile tarea, sino el apócrifo, el que emerge en un diálogo con él.

Nos encontramos en el mundo. Y curiosamente la nada cerca al ser. Nada éramos, tal vez a ella lleguemos y en medio, como un viático, nos acompaña; algo así pensaba Abel Martín. Para que pudiéramos valorar y pensar todo lo que nos acontece ella nos acompaña. Los griegos acudían al oráculo, por ejemplo al de Delfos, que estaba en la falda del monte Parnaso para conocer su destino, su inapelable destino, pero nuestro destino más bien pasa por lo que hemos recibido de forma inexorable. Fatalidad y libertad, elementos indisolubles. En mi destino está don Antonio.

Mi vocación filosófica y mis aficiones literarias encuentran sus raíces en él. En ese destino está el haber estudiado en nuestro instituto, el haber convivido con la memoria del poeta en sus distintas estancias, el haber recibido clase incluso en su aula. Hemos tenido la suerte de convivir con su palabra. En este momento debo recordar a mi abuelo, José Fernández Checa, que conoció al poeta, y por él tuve testimonio directo de su presencia en nuestra ciudad, a él debo mi pasión por *El Quijote* y por la poesía.

En aquella infancia no era excepcional hallar poemas de Machado en los escaparates de los comercios, recuerdo aquel bellamente rotulado por un hermano mío, perteneciente a *Apuntes*, que comenzaba: “Desde mi ventana, / ¡campo de Baeza, / a la luna clara!” y, más adelante, recordaba la escena catedralicia: “Por un ventanal, / entró la lechuza / en la catedral./ San Cristobalón/la quiso espantar, / al ver que bebía / del velón de aceite/de Santa María. / La Virgen habló: / Déjala que beba, / San Cristobalón” (CLIV). Y presentíamos que Santa María tenía poco éxito en su petición o bien que, cuando la lechuza había saciado su sed, se iba a San Andrés, porque todas las noches pasaba por encima del quiosco de la música casi retando al pino, hasta perderse

en los llanos de Baeza, desde donde volvía agradecida no a pagar una deuda, sino al encuentro de quien se ama: “A Santa María / un ramito verde / volando traía. / ¡Campo de Baeza, / soñaré contigo / cuando no te vea!”

Era un Machado bonito, todavía no era consciente de la complejidad y riqueza de su obra. Yo tenía nueve años cuando se convocó el primer homenaje, el veinte de febrero de 1966, estaba con unos amigos en el callejón del Pregonero, en el muro, como lo llaman hoy los jóvenes. Conservo impresas estas imágenes con detalle, los manifestantes intentaban avanzar hacia el Paseo de las Murallas y la policía trataba de impedirlo.

En este ejercicio de la memoria tengo que citar a nuestro amigo Antonio Checa Lechuga, en cuyo bar ha tenido casa la poesía. La ciudad no ha arrojado a los poetas a los arrabales, como deseaba Platón, allí la conversación era la literatura, siempre la literatura. En mi juventud tengo que citar a mi amigo José Luis Chicharro Chamorro, en este año, espléndido comisario de una exposición que recordaremos. Él también forma parte de nuestro destino machadiano. Tuvimos la ocasión en 1974 de representar la obra de los hermanos Machado *El hombre que murió en la guerra*, de 1928. José Luis representaba a Don Andrés de Zúñiga, Marqués de Castellar, y yo a Miguel de la Cruz, a la postre su hijo, que volvía de la Gran Guerra. El director de la obra fue nuestro querido amigo, Antonio Chicharro Chamorro, otro machadiano de destino y de vocación. El grupo se llamaba «Tharsis» y el programa de la obra, además del reparto, contenía toda una manifestación machadiana de la cultura. Recuerdo más tarde, en Granada, la defensa de la tesis de Dámaso Chicharro sobre los hermanos Machado, en el Palacio de las Cadenas, entonces sede de la Facultad de Filosofía y Letras, dirigida por don Emilio Orozco, un profesor lacrimoso, y lo digo con mucho afecto, porque don Emilio era de los maestros que se emocionaban, sin complejos ni engaños, estremecimiento que contagiaba a los que le escuchaban. Otro dato que confirma todo lo dicho es el haber sido discípulo de don Pedro Cerezo Galán, autor de un espléndido libro sobre nuestro poeta. Y finalmente citaré el feliz y entrañable homenaje del 11 de abril de 1983, un día dichoso.

Todo esto sucedió porque me encontraba en el mundo, porque vivir, como nos decía el joven meditador, es encontrarse en el mundo, ya que experimentaba y sigo haciéndolo el gran milagro de nuestra existencia. Y además encontrarse en el mundo es sentir como un ahogo, una

fuerza incontenible. Preguntemos al filósofo y poeta Abel Martín, a quien don Antonio hace nacer en Sevilla el año 1840, a ver qué nos dice: “El amor comienza a revelarse como un súbito incremento del caudal de la vida, sin que, en verdad, aparezca objeto concreto al cual tienda”. Eso es, “un incremento del caudal de la vida”, la vida. Escuchemos unos versos de un soneto de *Nuevas canciones*:

Pero aunque fluya hacia la mar ignota,
es la vida también agua de fuente
que de claro venero, gota a gota,
o ruidoso penacho de torrente,
bajo el azul, sobre la piedra brota.
Y allí suena tu nombre ¡eternamente! (CLXV)

Gota a gota, serena; y “ruidoso penacho de torrente”, caudaloso. Nos faltaba nombrarlo: es el amor. El amor es la fuente y de ella mana la palabra “amada”, el amante alberga en su interior a la amada. El origen y la fuerza que nos configura desde el principio es el amor que se asoma a nosotros como una “flecha sin blanco”, tomando una expresión de Lorca. Sentimos “nostalgia de lo otro, paciente de una incurable alteridad” (*JM*, II). Existimos y vivimos, somos una mónada leibniziana muy peculiar, pero deseosa de salir del ensimismamiento, capaz de pensar, de imaginar, de soñar como lo expresa en unos versos de *Poema de un día*, en el que da cuenta de su vida cotidiana y sus cavilaciones, en el que refleja sus meditaciones: tan querido por nosotros:

No está mal
este yo fundamental,
contingente y libre, a ratos,
creativo, original;
este yo que vive y siente
dentro la carne mortal
¡ay! por saltar impaciente
las bardas de su corral. (CXXVIII)

Si seguimos la “fe racional” nos conducirá al aislamiento, al solipsismo, el otro será inaccesible, no existirá, es el resultado final al que nos lleva la filosofía; pero bien entendido este asunto no debe preocuparnos, como nos advierte (*JM*, XXVII), pues el otro está englobado en nuestra mónada, en nuestro ser, y a él nos lleva la “fe poética” (*Ibíd.*), ese

pensar poético que es ya, como dice Abel Martín, un pensar divino, y en él debemos buscarnos llenos de júbilo:

Nubes, sol, prado verde y caserío
en la loma, revueltos. Primavera
puso en el aire de este campo frío
la gracia de sus chopos de ribera.
Los caminos del valle van al río
y allí, junto del agua, amor espera.
¿Por ti se ha puesto el campo ese atavío
de joven, oh invisible compañera?
¿Y ese perfume del habar al viento?
¿Y esa primera blanca margarita? ...
¿Tú me acompañas? En mi mano siento
doble latido; el corazón me grita,
que en las sienes me asorda el pensamiento:
eres tú quien florece y resucita. (CLXVII)

Sentir, el corazón me grita y me advierte que “en las sienes me asorda el pensamiento”. Vivir es estar ocupado en algo, es un quehacer permanente, eso piensa Ortega, pero lo estamos porque deseamos, porque tenemos sed y no sabemos por qué la tenemos; y eso nos descentra, nos impele, nos arroja, somos seres intencionales, como recoge de Husserl y Brentano, pero orientados al tú. Aristóteles comienza su *Metafísica* afirmando que “todos los hombres desean por naturaleza el saber”, desean, el deseo está vibrando en el ser, podemos decir también que es el amor el que desea saber. Mas el amor no procura como algo primordial la belleza, como pensaba Platón, el gran incentivo del amor para Machado es la sed metafísica de lo esencialmente otro, que no repara en riesgos. Una aventura, un viaje que tendrá desigual resolución, que no se puede medir ni como fracaso ni como éxito, pues los problemas existenciales pueden ser abordados de formas diversas; y ello, porque nuestra existencia es inconmensurable; ni es conveniente fragmentarla, que es lo que ha hecho especialmente el pensamiento moderno. Hemos conseguido llegar al hombre demediado como le sucede al Vizconde de la obra de Italo Calvino, el hombre escindido, separado, que hay unir para hallar y reencontrar lo que no era más que la unidad originaria.

Esta clásica contraposición, planteada por la filosofía moderna, entre el pensar y el querer, entre realidad y apariencia, entre fenómeno y nómeno, entre el sentimiento y la razón. Todas estas escisiones

realmente están llamadas a conciliarse, pues como diagnostica Machado teniendo presente a Schopenhauer, a propósito de unos comentarios a la obra de Pío Baroja: “El hombre real será un ser volente y acéfalo, y el hombre pensante que lleva a remolque un vano soñador”. Escuchemos este diálogo que expresa en su poema *Parábola VII*:

Dice la razón: busquemos
la verdad.
Y el corazón: Vanidad.
La verdad ya la tenemos.
La razón: ¡Ay, quién alcanza
la verdad!
El corazón: Vanidad.
La verdad es la esperanza.
Dice la razón: Tú mientes.
Y contesta el corazón:
Quien miente eres tú, razón,
que dices lo que no sientes.
La razón: Jamás podremos
entendernos, corazón.
El corazón: lo veremos. (CXXXVII, VII)

Recreemos el poema anterior con este otro que le sigue, ambos incluidos en *Campos de Castilla*, publicados en «La lectura», en agosto 1916:

Cabeza meditadora,
¡qué lejos se oye el zumbido
de la abeja libadora!
Echaste un velo de sombra
sobre el bello mundo y vas
creyendo ver, porque mides
la sombra con un compás.
Mientras la abeja fabrica,
melífica,
con jugo de campo y sol,
yo voy echando verdades
que nada son, vanidades
al fondo de mi crisol.
De la mar al percepto,
del percepto al concepto,

del concepto a la idea
-¡oh, la linda tarea!-
de la idea a la mar,
¡Y otra vez a empezar! (CXXXVII, VIII)

En el primero asistimos a dos voces interiores que dialogan, la razón y el corazón, que desteejen su propio quehacer y hacen valer su propia lógica. Finalmente el corazón, el intuitivo, es el que permite la espera, el que promete un porvenir. La verdad no está en lo que pensamos, de ella duda Machado, sino en lo que esperamos:

La razón: Jamás podremos
entendernos, corazón.
El corazón: lo veremos.

Ambas se corrigen. La “fe racional” elimina lo diverso, homogeneiza, iguala. La “fe poética” nos abre el paso hacia la “esencial heterogeneidad del ser”, hacia el dinamismo propio de la vida, reconoce como vía de conocimiento a la intuición, inspirada en Bergson. La razón siguiendo su propio dinamismo, construye los conceptos que precisamos para vivir: “De la mar al percepto, / del percepto al concepto, / del concepto a la idea”. Y establece lo que denomina verdad, la supuesta objetividad, que es un reverso del ser, así lo expresa el poema: “yo voy echando verdades / que nada son, vanidades / al fondo de mi crisol”.

Machado advierte de los peligros del irracionalismo y defiende el quehacer filosófico, pero él nos lleva, según su parecer, al escepticismo bien entendido, como advierte Inmaculada Terán (1999), a un “escepticismo apasionado”, también a veces a un escepticismo irónico, que termina tornándose en certezas esperanzadas, que descansan en creencias humanistas, en la permanente valoración de la dignidad humana, núcleo de su pensar, constituyendo los universales del sentimiento. Como advierte Morillas, se trata de ir a “la ética por la estética”, nunca se olvida de lo humano, porque “mi corazón canta en coro”.

Presencia de Unamuno y de Giner de los Ríos, del ideario de la Institución Libre de Enseñanza. En Baeza se reencuentra con la familia Urquía. Don Leopoldo Urquía es catedrático de Filosofía y director del Instituto Santísima Trinidad de Baeza, discípulo predilecto del krausista sevillano Federico de Castro, por quien siente reconocimiento y admiración como se desprende del artículo que escribe en el semanario reformista

Idea Nueva que dedicó un especial con motivo de su muerte, en el año 1915. Como decía esa actitud escéptica nos mantiene equidistantes entre las posiciones encontradas en los dilemas existenciales. Sin embargo, la poesía apuesta por una, ¡nos urge la vida!, no podemos permanecer indecisos ante sus encrucijadas, hay siempre una posición de apuesta existencial por uno de los elementos.

Así, la poesía, se abre camino como la actividad propia del sueño creador -diría en este sentido Unamuno “sueño, luego existo”-, actividad descubridora de la realidad simbólica, proveedora de sentido, que solicita y exige nuestro existir. Si la decisión no es lógica, puede abrirse paso la creencia. Dirá Machado en «De Poesía», que frente al filósofo, el poeta elige un elemento de la antinomia, siguiendo una orientación cordial (*Los complementarios*, ed. de M. Alvar, 148), pues el poeta es más hondo (*Ibíd.*) y, finalmente “el corazón toma su partido” (*Ibíd.*, 149), la idea se configura como creencia.

Pero frente a esa dinámica de oposición Machado halla, intuye una nueva vía de conocimiento, nutrida por el amor. Se trata de una nueva manera de aunar poesía y filosofía, a ella le llama “pensar poético”, ese pensar divino al que nos referíamos antes. Obedece a un nuevo logos, asumiendo su propuesta del “logos variopinto”, lo expresa en estos términos en Juan de Mairena: “Nuestra lógica pretende ser la de un pensar poético, heterogeneizante, inventor o descubridor de lo real. Que nuestro propósito sea más o menos irrealizable, en nada amengua la dignidad de nuestro propósito... Ya mi maestro, Abel Martín, se había adelantado a colocarse en este miradero” (*JM*, XXV). Este último apunte no es accesorio, pues Mairena afirmaba que la poesía es siempre vidente, que no hay vivir sin ver, que nosotros no dudamos de lo que vemos sino de lo que pensamos. En otro lugar afirma que lo poético es ver. Ese pensar poético ha tenido una línea de continuidad en María Zambrano, pensar poético que incluso contemplaba la posibilidad de confundir los papeles entre poetas y filósofos, así se refería a Heidegger como un filósofo poeta. Cerezo apunta hacia la consecución de un logos primigenio en el que las escisiones antes presentadas quedarían reconciliadas. Un logos que se expresa en la palabra poética, palabra en el tiempo y en diálogo con el tiempo; dicha palabra, como dirá María Zambrano, tiene su vuelo. Un logos que logre llegar a los ínfimos del ser, a las entrañas del ser humano, que simpatice con la vida y sea capaz de dar cuenta de ella, accediendo por esas rendijas en que la torpe razón fracasa.

Volvemos a la abundancia de caudal, retornamos a lo que no hemos dejado ni dejaremos, “la razón poética, de honda raíz de amor”. Qué certero fue Julián Marías (1949) cuando afirmó que la poesía de Machado no es amorosa, sino enamorada, impregnada, vivificada por el amor. Qué buen tino tuvo Tuñón de Lara (1975) al reivindicar la pasión en la obra de Machado. El conocimiento en forma de razón poética nos devuelve al fontanal primero:

¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hálitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero,
la voz que fue a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños,
y todos los amores
que llegaron al alma, al hondo cielo?
¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento? (LXXVIII)

Por tanto tendremos que retornar a la mar, a las “vivas aguas del ser”:

Borra las formas del cero,
torna a ver,
brotando de su venero,
las vivas aguas del ser. (CLXVII)

Y en *Proverbios y Cantares*:

XVI
Si vino la primavera,
volad a las flores;
no chupéis cera.

LXVII
Abejas, cantores,
no a la miel, sino a las flores. (CLXI)

La red conceptual creada por nuestro pensamiento no puede hacernos olvidar que es la vida la realidad primera y que dicha red la construimos alejándonos del estremecimiento que ella suscita en nosotros:

En esas galerías,
sin fondo, del recuerdo,
donde las pobres gentes
colgaron cual trofeo
el traje de una fiesta
apolillado y viejo,
allí el poeta sabe
el laborar eterno
mirar de las doradas
abejas de los sueños. (LXI)

Escuchemos cómo María Zambrano acierta a expresar bellamente lo que don Antonio ya nos había planteado, en su obra *Pensamiento y poesía en la vida española*:

Porque el poeta ha sido siempre un hombre enamorado, enamorado del mundo, del cosmos; de la naturaleza y de lo divino en unidad. Y el nuevo saber fecundo solo lo será si brota de unas entrañas enamoradas. Y solo así será todo lo que el saber tiene que ser: apaciguamiento y afán, satisfacción, confianza y comunicación efectiva de una verdad que nos haga de nuevo comunes, participantes; iguales y hermanos. Solo así el mundo será de nuevo habitable.

Pero parece que no hay fatiga y cansancio, este viaje no es creíble. Hay noche oscura, hay sombras, hay pérdida de sentido, fracaso, desesperanza, escuchemos un cantar enviado a Unamuno en 1913:

Señor, me cansa la vida,
tengo la garganta ronca
de gritar sobre los mares,
la voz de la mar me asorda.
Señor, me cansa la vida
y el universo me ahoga.
Señor, me dejaste solo,
solo, con el mar a solas.

Frente a la inmensidad de la vida y todas sus encrucijadas, frente al anhelo inmenso que alienta en el hombre con su deseo desmedido de amor, de conocimiento, de eternidad, hallamos nuestra existencia perdida, sumida en las dificultades, vivenciando el dolor, la angustia vital, la soledad, en una clara continuidad con Kierkegaard, Unamuno y

Heidegger. No es una consideración general sobre la condición humana, es como si sintiéramos respirar al hombre, como si advirtiéramos su temblor, su estremecimiento, es el milagro de la palabra poética, de su singularidad y universalidad, de su temporeidad y su trascendencia, de su proximidad y acercamiento; incluso nos hallamos extraños y extranjeros en un mundo que no comprendemos, como un niño en una fiesta, como un corazón sombrío, como un barco perdido pero sin naufragio, por tanto, en actitud de espera, esperanzado, a diferencia del naufragio romántico. Pronunciando la palabra poética salvadora, porque el sentido del arte no es el arte sino la vida, como advirtiera nuestro pensador. Todo esto lo expresa en el siguiente poema de *Soledades* que pueden ser realmente dos, como ha mostrado Ribbans. Escuchemos algunos de sus versos:

Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.

La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo:
-Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.

Y no es verdad, dolor, yo te conozco,
tu eres la nostalgia de la vida buena
y soledad de corazón sombrío,
de barco sin naufragio y sin estrella.
Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta
se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito y asombra
su corazón de música y de pena... (LXXVII)

Aquí no hay egiptigicismo, por utilizar el término nietzscheano, ni ese afán de trascendencia del maestro Unamuno. Efectivamente la momia de Ramses II se conserva desde hace más de tres mil años, estamos más que ante un cuerpo sin vida, ante el signo de la obsesión por la inmortalidad, podemos incluso hacernos una idea del personaje

físicamente, pero estamos ante la muerte edulcorada por la cultura. La nada nos espera. Lo expresa muy bien Cerezo cuando afirma que “todos los autores del 98 se sintieron tentados por el nihilismo y trataron de superarlo”, Machado lo hizo por la duda y la esperanza (Cerezo: 1975, 51). Yo diría: por la vida. Frente a la Nada, la Vida, frente a la muerte más vida. Cuando se lee este poema vibra como si estuviera junto al corazón de Machado, se escucha su latido, se navega en el tiempo, y no es una tragedia estar a veces perdido entre la niebla, pues tal vez así nos hallemos y quizás sintamos en nuestra vida otras vidas. Tal vez Machado, en su sincera modestia, la que se desprende del que ha vivido, quiso que otros seres humanos viviesen y que al vivirla viviesen de nuevo su vida, que la prolongasen, la recreasen.

Viviendo la soledad, como ha apuntado Gutiérrez Girardot (1969), “como un estado incesante de pasmo y de extrañeza ante el hecho de que el mundo es, de que simplemente es mundo” (1969,38), ese mundo recreado por el sueño que preludia, complica, interpreta, enriquece con su memoria y con su anticipación el despertar:

Desgarrada la nube; el arco iris
brillando ya en el cielo,
y en un fanal de lluvia
y sol el campo envuelto.

Desperté. ¿Quién enturbia
los mágicos cristales de mi sueño?
Mi corazón latía
atónito y disperso.

...¡El limonar florido,
el cipresal del huerto,
el prado verde, el sol, el agua, el iris...!,
¡el agua en tus cabellos!
Y todo en la memoria se perdía
como una pompa de jabón al viento. (LXII)

El despertar, el hijo que trasciende a sus padres, el sueño y el vivir. “Mi corazón latía / atónito y disperso”, humus del pensar poético, el gran espectáculo de la vida, que no es espectáculo en su sentido fuerte, ya que no podemos separar espectáculo y espectador, ya que, como nos decía Ortega, la vida es la realidad radical. Hay que abandonar el esquema simplista de oponer sueño/vigilia, esto es algo que han

dejado claro muchos estudiosos; entre ellos señalaría a Pedro Cerezo, el sueño se convierte en un principio de configuración existencial alejado del sueño romántico, en muchos casos evasivo. Dicho esto, el sueño, el soñar tiene muchos planos en Machado, el sueño puede ser el lugar en el que habito, es también, como ha expresado José Luis Cano, un “modo de ser, como la forma de su esencial melancolía” (1949. 655), o como “volverse hacia adentro la conciencia, como una absorción de ésta por lo más hondo del alma”, como lo ha indicado Bousoño (1952, 148). Todas estas interpretaciones las ha integrado del siguiente modo Pedro Cerezo: “La conciencia onírica adquiere en él una sustantividad propia, como otra forma de conciencia, que juntamente con la reflexiva, se reparten el mundo de lo real. Más aún, la conciencia onírica o la función imaginativa, se convierte en la cantera de las visiones sustanciales del alma” (1975, 113). El sueño se transforma en un descubridor de la realidad y su dimensión simbólica, que fertiliza la conciencia reflexiva y que alumbró nuevos mundos de sentido:

Sobre la tierra amarga,
caminos tiene el sueño
laberínticos, sendas tortuosas,
parques en flor y en sombra y en silencio;

criptas hondas, escalas sobre estrellas;
retablos de esperanzas y recuerdos.
Figurillas que pasan y sonrín
—juguetes melancólicos de viejo—;

imágenes amigas,
a la vuelta florida del sendero,
y quimeras rosadas
que hacen camino... lejos... (XXII)

Cansancio; pérdida; amargura; desazón, invierno... de ellas surge la fuerza, la espera, incluso la esperanza; el nuevo horizonte, el milagro de la primavera, el entusiasmo, la ilusión como “una forma juvenil”. Así dirá Machado:

Es una forma juvenil que un día
a nuestra casa llega.
Nosotros le decimos: ¿por qué tornas
a la morada vieja?
Ella abre la ventana, y todo el campo

en luz y aroma entra.
En el blanco sendero
los troncos de los árboles negrean;
las hojas de sus copas
son humo verde que a lo lejos sueña.
Parece una laguna
el ancho río entre la blanca niebla
de la mañana. Por los montes cárdenos
camina otra quimera. (XXXVI)

Hemos abierto nuestra ventana, hemos saltado el bardal de nuestro yo, con la fuerza de esta “forma juvenil”, de esta ilusión, de este nuevo proyecto existencial, que “a nuestra casa llega”. No es posible la apuesta si a ella no le acompaña la vitalidad, esa que nos cansa, que parece que se agota, que nos falta, pero cuando menos lo esperamos incrementa su caudal. Recordemos los últimos versos:

Parece una laguna
el ancho río entre la blanca niebla
de la mañana. Por los montes cárdenos
camina otra quimera.

Si nuestras vidas son los ríos, en este caso el río se ha hecho caudaloso, se ha convertido en una laguna inmensa, porque, la gota, el torrente, el río inunda, rebosa, crea nuevos paisajes, traza nuevos caminos:

Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar. (CXXXVI (XIX))

Incluso no importando el tono triste que acompaña a los dos últimos versos de este poema, como si todo proyecto finalmente quedara como leve rastro vulnerable al olvido:

Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.

Es una atmósfera repleta de luces y de sombras, de rayos luminosos y espesas oscuridades, entre niebla. Pocas son las veces que Machado

cita la niebla, y me da la impresión que toda su poesía goza de ese clima, que halla en Baeza cumplimiento físico a una imagen intuitiva, que no conceptual, de la existencia humana que tamiza toda su poesía.

Machado utiliza en pocas ocasiones la palabra niebla, así como sueño, soñar, y las correspondientes variaciones aparecen prácticamente en todos los poemas de SGOP, en numerosos casos dos y tres veces en cada uno de ellos, después disminuye su frecuencia. La niebla aparece como un elemento externo en el que entiendo que se proyecta todo este mundo lleno de verdades que no lo son, de falta de certeza, de dudas, de sueños y de hechos. Dirá: “A través de la neblina/que forma la lluvia fina”; en otros, “la niebla de la mañana, huyendo por los barrancos./¡Este insomne sueño mío!/¡Este frío de un amanecer en vela!... o “el aire parece que duerme encantado/en la fúlgida niebla de sol blanquecino” (*Soledades*). También en *Poema de un día*, “que ora se troca en neblina..... Lluve, llueve, tu neblina”. O en otro escenario tétrico, como es el de la Gran Guerra:

En mi rincón moruno, mientras repiquetea
el agua de la siembra bendita en los cristales,
yo pienso en la lejana Europa que pelea,
el fiero norte, envuelto en lluvias otoñales.

Donde combaten galos, ingleses y teutones,
allá, en la vieja Flandes y en una tarde fría,
sobre jinetes, carros, infantes y cañones
pondrá la lluvia el velo de su melancolía.

Envolverá la niebla el rojo expoliario
—sordina gris al férreo claror del campamento—;
las brumas de la Mancha caerán como un sudario
de la flamenca duna sobre el fangal sangriento. (CXLV)

O en el poema dedicado al gran cero:

Fiat umbra! Brotó el pensar humano.
y el huevo universal alzó, vacío,
ya sin color, dessubstanciado y frío,
lleno de niebla ingrátida, en su mano. (CLXVII)

La niebla exige esa actitud escéptica bien comprendida, ya que el término viene del griego *esceptomai* que significa mirar cuidadosamente, si examinamos su significado, que recoge la Academia, entre sus acepciones hay dos que quiero resaltar.

La primera viene a decir que la niebla es una nube muy baja, que dificulta más o menos la visión según la concentración de las gotas que la forman.

Gotas de agua, me imagino con ello las existencias de los otros, de gotas de ellas se compone el mar. Además el agua es vida, “Morir...

Y pensar en cómo el ser humano se aventuró a navegar en la mar, en “un sueño sonoro”:

El casco roído y verdoso
del viejo falucho
reposa en la arena...
La vela tronchada parece
que aun sueña en el sol y en el mar.
El mar hierve y canta...
El mar es un sueño sonoro
bajo el sol de abril.
El mar hierve y ríe
con olas azules y espumas de leche y de plata,
el mar hierve y ríe
bajo el cielo azul.
El mar lactescente,
el mar rutilante,
que ríe en sus liras de plata sus risas azules...
¡Hierve y ríe el mar!...
El aire parece que duerme encantado
en la fúlgida niebla de sol blanquecino.
La gaviota palpita en el aire dormido, y al lento
volar soñoliento, se aleja y se pierde en la bruma del sol.
(XLIV)

Qué atrevimiento la del hombre que decide cada instante navegar. Abandonar la firme tierra, subir a un bajel, a un navío, aventurarse en la inmensidad que “hierve y ríe”, soportar “la fúlgida niebla del sol blanquecino”, solo llevado por la esperanza, sabiendo que navega sin naufragio pero sin estrella, que el viaje... Y en este momento viviendo la obra de Machado viene a mí un texto sobrecogedor con el que comienza Baltasar Gracián su magna obra *El Criticón*:

“-¡Oh vida, no habías de comenzar, pero ya que comenzaste no habías de acabar!”

La inexorable muerte, que algunos dicen, como Demócrito, que sufren otros y que nosotros no vivimos, y que por tanto no tiene sentido el ocuparnos de ella. La muerte se vive más que se piensa, aunque conviene pensarlo sin desvivirlo, como recomienda Juan de Mairena (*JM*, XXIII), constituye un argumento de tierra, al que opongo un argumento de fuego, así percibo estos versos de Machado que pertenecen a un poema titulado *En la muerte de un amigo*. Conviene advertir que solo se vive la muerte de quien se ama:

Sobre la negra caja se rompían
los pesados terrones polvorientos...
El aire se llevaba
de la honda fosa el blanquecino aliento.
Y tú, sin sombra ya, duermes y reposa,
larga paz a tus huesos...
Definitivamente,
duermes un sueño tranquilo y verdadero. (IV)

Viene a mi memoria una costumbre que existe en el Nuevo Casino de Baeza, al que perteneció don Antonio como socio transeúnte, pienso que será frecuente en este tipo de sociedades, tal vez la tuviera el antiguo Casino de Artesanos, en el que se celebró la famosa velada de don Antonio con Federico García Lorca. Dicha costumbre consiste en ordenar por antigüedad a los socios. Una vez que termina el año se eliminan de la lista los que han fallecido y se vuelve a numerar, confeccionando una especie de escalafón de mayor antigüedad en la sociedad. Y puede que dé oportunidad al socio a ir haciéndose a la idea de la inexorable meta, incluso ensayará para el momento un gesto distante e indiferente ante la muerte.

Pero lo cierto es que toda esta historia, nuestra existencia, para mí que no tiene fin o quizás existan muchas formas de finalizar. No olvidemos que estamos entre la filosofía y la literatura.

Existen muchas posibilidades para terminar, quizás Machado nos ofreciera, entre otras, dos: una breve: el mar, la muerte es un sueño, del que hemos de despertarnos, y el despertar, recordemos, es mejor que vivir y soñar; y la segunda, expresada en el siguiente poema:

Tú sabes las secretas galerías
del alma, los caminos de los sueños,
y la tarde tranquila

donde van a morir... Allí te aguardan
las hadas silenciosas de la vida
y hacia un jardín de eterna primavera
te llevarán un día. (LXX)

Perplejo me hallo, prefiero, apuesto..., escuchemos una vez más a
don Antonio:

Así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla. (LXXVII)

Referencias bibliográficas

- ABELLÁN, J. L., *El filósofo «Antonio Machado»*, Valencia, Pre-Textos, 1995.
- BOUSOÑO, C. (1952): *Teoría de la expresión poética*, Gredos, Madrid
- CANO, J. L. (1949): «Antonio Machado, hombre y poeta en sueños», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms, 11-12, Madrid.
- CEREZO, P. (1975): *Palabra en el tiempo. Poesía y filosofía en Antonio Machado*, Gredos, Madrid.
- CHICHARRO, A. (ed.) (2009): *Antonio Machado y Baeza a través de la crítica*, Baeza, Universidad Internacional de Andalucía, 2009, 3ª edición.
- GIBSON, I. (2006): *Ligero de equipaje (La vida de Antonio Machado)*, Aguilar, Madrid.
- GRACIÁN, B. (2000): *El Criticón*, Cátedra.
- GUTIÉRREZ-GIRARDOT, R. (1969): *Poesía y prosa en Antonio Machado*, Guadarrama, Madrid.
- LÓPEZ-MORILLAS, J. (1968): «Antonio Machado: ética y poética», *Ínsula* 23.256: 1-12.
- MACHADO, Antonio (1907), *Soledades. Galerías. Otros poemas* (1907), edición de Geoffrey Ribbans, Madrid, Cátedra, 1997, 14.ª ed., revisada.
- (1907-1917), *Campos de Castilla*, edición de Geoffrey Ribbans, Madrid, Cátedra, 1997 (7.ª ed.), 297 p.
- (1980), *Nuevas canciones y De un cancionero apócrifo* (edición, introducción y notas de José M.ª Valverde), Madrid, Castalia, 261 p.
- (1980), *Los complementarios* (edición de Manuel Alvar), Cátedra, Madrid.
- (1988): I: *Poesías completas. II: Prosas completas* (edición crítica de Oreste Macrí con la colaboración de Gaetano Chiappini), 2 vols., Madrid, Espasa-Calpe / Fundación Antonio Machado.
- (1997), *Poesías completas* (edición de Manuel Alvar), Madrid, Espasa-Calpe, 1997, 529 p.
- (1995) *Juan de Mairena*, edición de Antonio Fernández Ferrer, 2 vols., Madrid, Cátedra, 2.ª ed., 359 y 274 p. .
- MARÍAS, J. (1949): «Antonio Machado y su interpretación poética de las cosas», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1949.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1961): «Meditación de El Escorial», 1915, *El Espectador*, vol. 6. 1927. *El Espectador*: Tomo V y VI. (El Arquero), *Revista de Occidente*, 115-36, Madrid.

- (1966): *Meditaciones del Quijote*, en *Obras completas*, tomo I, *Revista de Occidente*, Madrid.
- (1980): *¿Qué es filosofía?*, *Revista de Occidente*, Madrid.
- RIBBANS, G. (1971): *Niebla y soledad (Aspectos de Unamuno y Machado)*, Gredos, Madrid.
- SÁNCHEZ BARBUDO, A. (1968): *Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado*, Madrid, Guadarrama.
- SIGUAN SOLER, M. (1987): «El tema del otro en Antonio Machado», *Anuario de psicología*, núm. extra, Barcelona.
- TERÁN, M. I. (199): «El escepticismo apasionado de Antonio Machado y Santiago Pérez Gago», *Paideia*, vol. 20, 47, 1999, pp. 45-60.
- TUÑÓN DE LARA, M. (1967): *Antonio Machado, poeta del pueblo*, Nova Terra, Barcelona.
- UNAMUNO, M. de (1987): *Niebla*, Cátedra, Madrid.
- ZAMBRANO, M. (1987): *Pensamiento y poesía en la vida española*, Endymion, Madrid.